

La vergüenza de no reconocer a un amigo

"Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista."
Lucas 24:31

El otro día mientras hacía la compra de la semana me topé con una joven muy linda que fue estudiante mía y con mucho cariño se llegó a mí. Me saludó, y después que conversamos por breves minutos, nos despedimos y le envié recuerdos a su esposo mencionando el nombre equivocado. Qué vergüenza la que pasé, pues no hizo más que alejarse un poco de mí y me di cuenta que la había confundido con otra persona. ¿Cómo había sido posible que no la reconociera inmediatamente? Tanto ella como su esposo habían sido mis estudiantes y habíamos compartido por muchos años. ¿Cómo iba ahora a decirle que me había equivocado? En ese momento me sentí demasiado apenada para volver a acercarme a ella y pedirle excusas y lo dejé pasar.

Pasada unas horas me di cuenta que así nos sucede con Jesús y con aquellas cosas que él desea que identifiquemos que vienen de parte de Él. Lo que sucede es que las ignoramos, o no lo reconocemos.

¿Esto le ha pasado alguna vez a alguno de ustedes? ¿No han sentido en ese momento el deseo que la tierra los trague? A mí me ha pasado varias veces en mi vida, pues he sido buena fisonomista, y buena para recordar nombres, pero cuando van pasando los años me he ido dando cuenta que si pasa mucho tiempo sin ver a alguna persona ya los nombres se van olvidando. Sin embargo, eso me trae a la escritura que aparece en esta reflexión.

Les hago el relato brevemente de lo que esta escritura habla en el evangelio de Lucas. Jesucristo había resucitado y se le aparece a dos de sus discípulos que iban camino a la aldea de Emaús. La Biblia no identifica a los dos personajes, pero sí habla de que iban conversando de lo sucedido días atrás. En ese camino Jesucristo se les acerca y entabla una conversación con ellos. Durante toda la travesía siguen conversando de los acontecimientos y en ningún momento lo reconocen. Se iba haciendo la noche y ellos le piden que se quede con ellos; se sientan y cuando comienzan a compartir la cena, Jesucristo tomó el pan y lo bendijo y fue entonces que sus ojos fueron abiertos y lo reconocieron, pero él desapareció de en medio de ellos.

Inmediatamente estos dos hombres se preguntaron cómo había sido posible que no lo hubieran reconocido anteriormente, pues su corazón ardía cuando él les estaba hablando y explicando sobre la resurrección esperada del Mesías. De la misma forma nos pasa a nosotros, Él nos habla a través de su Palabra, nos envía mensajes a través de todos los métodos de nuestra vida natural y espiritual, y seguimos sin reconocerlo.

Yo les confieso que no quisiera encontrarme de nuevo en este tipo de situación, ya que es muy penoso y desafortunado el que no podamos reconocer a alguien que se acerca para brindarnos de su cariño, pero menos quiero que sea Jesús el que busque de mí y yo esté muy ocupada para reconocerlo.

Padre que estás en los cielos, abre nuestros ojos para que podamos reconocerte en todas las áreas de nuestra vida, que no estemos tan enfrascados en el porqué de todos los acontecimientos, impidiendo que podamos identificar al que puede revelarnos todo lo que pasa y pasará. Que cuando nuestro corazón arda podamos entender que estamos en tu Presencia, y apreciemos esos momentos dándole el valor que Tú y solamente Tú te mereces en el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo.